

negaba á ir más léjos y quería regresar á Marsella para buscar otro buque y recoger nuevas tropas. Como no disponía de ningun medio para obligarles, aparenté acceder á sus deseos; di vuelta á la brújula, y mandé desplegar todas las velas. Esto sucedía llegada la noche, pero, al día siguiente, al amanecer, estábamos á la altura de Cartagena, en tanto que todos estaban persuadidos de que hacíamos rumbo hacia Marsella.»

Ignórase el año que por primera vez pasó Cristóbal Colon el estrecho de Gibraltar; pero sabemos por él mismo, que ántes de su primer viaje de descubrimiento, había visto el norte de Europa, Inglaterra, y que había ido varias veces de Lisboa á la costa de Guinea.

En sus *Profecias* escribe: «Desde mi más tierna edad navegué, y he continuado navegando hasta hoy. El que se dedica á la práctica de este arte desea saber los secretos de la naturaleza en la tierra. Hé aquí que desde más de cuarenta años me ocupó yo en ellos. Todo cuanto se ha navegado hasta ahora lo he navegado yo también.»

El más importante de estos viajes, por la extensión de mar que abraza, es el que hizo hasta Islandia. En su lugar hablaremos de él. Aquí observamos solamente, disintiendo de autores que hoy ya no merecen crédito, que nada en esta expedición contribuyó á darle ninguna noción de la existencia del nuevo mundo.

Por lo demás, y lo decimos ahora por siempre, la verdadera gloria de Cristóbal Colon no consiste en el mismo hecho de un descubrimiento cuya verdadera naturaleza é importancia no comprendió claramente ni aún, al morir, sino en la energía de juicio y de carácter que le hizo realizar este descubrimiento cuando él pensaba en otro. La reunión en su persona de todas las partes que hacen que un hombre sea grande permite ver en él un hombre casi único, y es porque él fué á un mismo tiempo en grado muy elevado hombre de corazón, de acción é inteligencia.

Unos dones tan bellos no habrían bastado, empero, para designarle á la Providencia para la misión que le fué dado llevar á cabo, sin la profunda piedad que le libró siempre del orgullo. No vaya á creerse con esto que Colon no estuviera temprano en el secreto de su genio, ó que jamás dudara de él, ante los desdenes de la muchedumbre, ni tampoco en ninguna de las circunstancias en que ese genio pareció por un momento eclipsarse; ántes ya de haber dado pruebas sensibles del mismo, creía en él, midiéndose por la altura de sus designios; pero tan humilde delante de Dios como orgulloso delante de los hombres, hizo subir siempre esos mismos designios á una inspiración divina, y aspirar á la mayor gloria de Dios.

Este orgullo en la sumisión es el rasgo más saliente, más distintivo de su carácter; y, como si hubiese temido que algun día se hubiese podido querer atenuarlo, lo ha dejado impreso en una multitud de cartas y escritos diversos,

como signo de los héroes perfectos que brilla igualmente en la frente de los Santos Luises y de las Juanas de Arco.

Como la pastora de Domrémy, tuvo el hijo del artesano genoves visiones y sueños proféticos; como ella, oyó voces que le llamaban á grandes cosas, y á la manera que Juana, haciendo consagrar á Carlos VII en su catedral de Reims, restableció la unidad francesa, así también Cristóbal Colon, uniendo por siempre jamás el nuevo al antiguo mundo, restauró la unidad humana.

En los escritos de Cristóbal Colon, y accesoriamente en gran número de testimonios contemporáneos, tenemos miles de pruebas de que la idea de semejante empresa se le ofreció, no bajo esta forma algo abstracta para el tiempo, sino bajo la de una misión religiosa.

Entre los testimonios contemporáneos, uno de los más concluyentes, y al propio tiempo más curiosos, bajo el punto de vista pintoresco, es un croquis conservado en el palacio ducal de Génova, y que, si es como se cree de la misma mano de Colon, daría una idea bastante elevada de su habilidad como dibujante. En ese proyecto de cuadro ó de fresco, que representa alegóricamente la partida de Colon para el nuevo mundo, está sentado el héroe en un carro cuyas ruedas de paletas azotan un mar agitado. Á su lado, señalando y abriendo el camino, hay la *Providencia*. La *Religion cristiana* empuja hacia delante el carro marino, que la *Ignorancia* y la *Envidia* se esfuerzan por detener. Cada una de estas figuras vá acompañada de una inscripción que designa su carácter, y el dibujo lleva la marca que usaba Cristóbal Colon para firmar sus escritos. En él se observará su nombre de pila figurado de manera que haga su etimología tan sorprendente como es posible.

Más lo es todavía, y junta á una concordancia más formal, en el famoso mapa del nuevo continente, dibujado en 1500 por Juan de la Cosa, de Vizcaya, que acompañó á Cristóbal Colon.

En la parte superior de este precioso monumento, está figurado el patron de Cristóbal Colon, conforme á la leyenda, llevando al niño Jesús en los hombros, y pasándole en el agua.

Un sabio escritor, á quien son eminentemente deudoras la historia y la literatura de Portugal, España y del nuevo mundo, M. Fernando Denis, se inclina á pensar que el artista geógrafo ha dado al santo las facciones del ilustre navegante. Esta presunción, que á lo ménos parece verosímil, añade á la figura en cuestión un interés tanto más vivo, en cuanto no es auténtico ninguno de los retratos de Colon. Además, se parecen tan mal entre sí estos retratos, que, procurando nuestro dibujante conciliarlos con el suyo, ha debido atenerse principalmente á las indicaciones suministradas por Oviedo, Gomara, Las Casas y sobre todo Fernando Colon.

El primero dice formalmente que «Colon era un hombre de arrogante estatura,

fornido de miembros, rostro prolongado, tez fresca y algo encarnada, lleno de pecas.»

De diversos pasajes de los otros dos, resulta que, conforme con lo que precede, el almirante era alto, bien formado, robusto, de noble y elevado continente; tenía la cara larga, ni gruesa, ni flaca; la tez viva y hasta algo encarnada, y algunas pecas. Su nariz era aguileña; tenía los juanetes algo pronunciados; sus ojos garzos se encendían fácilmente.

«En su juventud, dice también Fernando Colón, tenía mi padre los cabellos rubios, pero á la edad de treinta años ya los tenía blancos.»

Á estos pormenores podemos añadir nosotros, fundados en testimonios dignos de fé, que tenía la frente elevada, el labio inferior ligeramente prominente y la barba adornada con un hoyo.

Tenía la vista y el oído finos en extremo; su olfato de exquisita delicadeza, por esto era amigo de los perfumes. Hasta en sus campañas, según dice Oviedo, su ropa, que tenía tan limpia y hermosa como era posible, estaba perfumada como sus guantes por medio de almohadillas de esencia, ó especialmente por medio de flores secas. Pero no pasaba de ahí su sensualidad; sóbrio Colón por afición y por sistema, debe ser continuado en la lista de los grandes hombres que se redujeron cuanto fué posible á un régimen vegetal y que prefirieron el agua al vino.

Añádase á esto que su afición á un traje sencillo, afición que las circunstancias favorecieron hartó á menudo, no excluía en él el cuidado más minucioso de sus vestidos y de su persona, hasta cuando vistió el hábito de miembro de la tercera orden de San Francisco, según lo hizo todas las veces que las circunstancias se lo permitieron.

Una noticia tan bien detallada y tan en consonancia en todas sus partes, no ha menguado no obstante hasta estos últimos tiempos el crédito de ciertas figuras que no reproducen ni uno solo de sus rasgos. Ninguna de ellas se considera ya hoy por auténtica, á no ser por los que tienen interés en juzgarlas tales. Únicamente, pues, elevándose á las fuentes de las anteriores noticias, se podrá en lo sucesivo formarse una idea é intentar la creación de una figura de la persona de Cristóbal Colón.

Tocante á la parte de su vida que acabamos de referir sumariamente, hemos dado de la misma casi todo lo que se sabe con mayor certeza, ateniéndonos sobre todo á lo que él mismo ha dicho de ella en sus escritos.

Por desgracia no constan estos testimonios tan importantes con los pormenores circunstanciados, y la continuación que permitirían componer con ellos una historia completa y definitiva. También distaban mucho de haberse facilitado para tal objeto. Las lagunas son en ellos muy numerosas, y las fechas muy raras. Nada, por ejemplo, recuerda en ellos ni permite referir á una época fija un hecho de guerra muy justificado por otra parte, y demasiado interesante para que lo omitamos aquí.

Según el historiador Bossi, mandaba Cristóbal Colón uno de los buques de Colón el *Mozo*, de crucero, en las costas de Portugal, cuando al amanecer, entre Lisboa y el cabo de San Vicente, se presentaron cuatro galeras venecianas que regresaban de Flándes con rico cargamento. Colón no vaciló en atacarlas, á pesar de la desproporción de las fuerzas, y aún duraba el combate, cuando, llegada la noche, pegóse fuego al buque que Colón tenía amarrado con arpeos y cadenas de hierro. En un instante se hizo general el incendio, y la voz de sálvese el que pueda.

Abandonado Colón de todos sus tripulantes y hasta de sus enemigos, se arroja al mar, y encontrando á su alcance un remo que flotaba, pudo, merced á este auxilio providencial, llegar nadando á la orilla, distante dos leguas del teatro del incendio. Recogido por unas buenas almas, luego que hubo reparado sus fuerzas, tomó el partido de irse á Lisboa, donde llegó absolutamente falto de todo, pero en cuyo punto encontró á su hermano Bartolomé. Á esta aventura se le ha dado por fecha el año 1485; pero está demostrado que en dicha época Cristóbal Colón había salido ya de Portugal desde más de un año ántes. Según documentos auténticos, su llegada á la capital de este reino se ha fijado en el año 1470.

Á contar desde este año, el trigésimo cuarto de su edad, los pormenores que se tienen de su vida toman una certeza casi igual á su importancia. Todo se hace en ella en cierto modo solemne, porque todo se relaciona con la grande idea que le dominaba ya desde mucho tiempo.

Vamos, pues, finalmente á tener la posibilidad de no separar ya á Colón de su empresa. Tarde se nos hacía llegar á esto, pero no carecía de utilidad dar á conocer ante todo su persona, y principalmente las tendencias morales que constituyen su verdadera grandeza. Tertuliano dijo: «No hace al mártir el suplicio sino la causa.» En el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, vamos á encontrar al mismo tiempo reunidos la causa, el mártir y la palma.